

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

La estructura del evangelio de Dios: la justicia de Dios, la vida de Cristo y la fe de los creyentes (Mensaje 7)

Lectura bíblica: Ro. 1:16-17; 3:22; 5:1-11; 10:17; He. 11:1; 12:1-2a

- I. La frase clave en cuanto al evangelio de Dios en Romanos, así como la pancarta de la economía eterna de Dios, es Romanos 1:17, donde se revela la estructura del evangelio de Dios: “El justo por la fe tendrá vida y vivirá”.
- II. La justicia de Dios es el procedimiento de la salvación de Dios en el aspecto jurídico—1:16-17:
 - A. Dios no puede perdonar a personas pecaminosas sin cumplir las exigencias de Su justicia (Sal. 103:6-7); según Su justicia, “el alma que peque, ésa morirá” (Ez. 18:4) y “la paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23):
 1. Cristo sufrió una muerte vicaria como el Sustituto de los pecadores, una muerte que fue legal según la ley de Dios, y que fue reconocida y aprobada por Dios según la ley—Is. 53:5-6; 2 Co. 5:21; Mt. 27:45-46.
 2. El Dios justo, conforme a Su justicia, juzgó a Cristo, el Justo, por nosotros, los injustos, para que Él quitara la barrera representada por nuestros pecados y nos llevara a Dios—1 P. 3:18.
 3. En la cruz Jesús fue hecho pecado por nosotros, condenó al pecado en la carne y al morir a nuestro favor cumplió toda la justicia de Dios; ahora, a causa de Su justicia, Dios tiene que perdonarnos—2 Co. 5:21; Ro. 8:3, 10; Jn. 19:30.
 - B. Debido a que Dios, a causa de Su justicia, está obligado a perdonarnos, la justicia es el poder de la salvación de Dios y el fundamento inmovible de nuestra salvación—Ro. 1:16-17:
 1. Nuestra experiencia de Cristo reposa sobre el fundamento de la justicia de Dios, la cual es el fundamento

- sólido, firme e incommovible de Su trono (Sal. 89:14) y la base sobre la cual Su reino es edificado (Ro. 14:17).
2. Dios hizo que Cristo muriera por nosotros, Él aceptó la muerte de Cristo como el pago completo por nuestra deuda de pecados, y el Cristo resucitado y ascendido que está sentado a la diestra de Dios es el “recibo” de este pago—4:24-25.
 3. Por lo tanto, cada vez que reclamemos la sangre de Jesús y apelemos a la justicia de Dios, Él no tiene más alternativa que perdonarnos—1 Jn. 1:9; *Himnos*, #466.
- C. La vida es la meta de la salvación de Dios; por ende, la justificación es “de vida”; por medio de la justificación, hemos alcanzado la norma de la justicia de Dios y estamos a la par con ella, por lo cual ahora Él puede impartir Su vida en nosotros—Ro. 5:18.
- III. La vida de Cristo es el propósito de la salvación de Dios en el aspecto orgánico—v. 10:
- A. El resultado de nuestra justificación es disfrutar plenamente a Dios en Cristo como nuestra vida; en la salvación orgánica que Dios efectúa disfrutamos amor, gracia, paz, esperanza, vida, gloria, al Espíritu Santo, a Cristo y a Dios mismo—vs. 1-11.
 - B. La vida salvadora de Cristo está logrando la meta orgánica de la dinámica salvación de Dios de la siguiente manera—v. 10:
 1. Fuimos justificados por Dios en Cristo, quien es la justicia procedente de Dios para nosotros, a fin de que vivamos en esta vida delante de Dios—1:17.
 2. Esta vida hace que los creyentes que han sido justificados por Dios sean los muchos hijos de Dios (8:14; He. 2:10), quienes son los muchos hermanos de Cristo (Ro. 8:29) por medio de la regeneración (1 P. 1:3) mediante el Espíritu de vida (Ro. 8:2) con la vida de Dios, la cual produce y se multiplica.
 3. Esta vida es impartida en los creyentes moribundos, a fin de que crezcan en Cristo, para que salgan de la muerte y lleguen a la madurez—v. 11.
 4. El Cristo que mora en los creyentes se mueve en ellos por el Espíritu de vida, a fin de que disfruten de la vida de Cristo junto con su paz—vs. 5-6.

5. Esta vida nos santifica con la naturaleza santa de Dios, el elemento santo—6:19-20.
 6. Esta vida nos renueva, mediante el Espíritu de vida y con base en el lavamiento de la regeneración, del viejo elemento de nuestro viejo hombre y nos introduce en la nueva constitución de nuestro nuevo hombre—12:2b; Tit. 3:5.
 7. Esta vida nos transforma de forma metabólica mediante el Espíritu de vida, con el elemento de la vida divina de Cristo, cambiando nuestra vieja constitución a una nueva constitución, a fin de edificar el Cuerpo orgánico de Cristo—Ro. 12:2b, 5; 2 Co. 3:18.
 8. Esta vida nos conforma a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios, para que lleguemos a ser Dios-hombres plenamente maduros a fin de expresar al Dios Triuno—Ro. 8:29.
 9. Esta vida nos glorifica mediante la redención de nuestro cuerpo, a fin de que entremos en la libertad de la gloria y en nuestra plena filiación—vs. 21, 23, 30.
 10. Esta vida nos hace reinar como reyes sobre Satanás, el pecado y la muerte—5:17, 21.
 11. Todos los diez puntos anteriormente mencionados tienen como meta que se produzca y edifique el Cuerpo orgánico de Cristo, el cual se expresa como las iglesias locales; esto se abarca en los últimos cinco capítulos del libro de Romanos.
- IV. La fe de los creyentes es lo que les permite dar sustantividad a la salvación de Dios de forma práctica—He. 11:1:
- A. La fe de los creyentes, de hecho, no es su propia fe, sino Cristo mismo que entra en ellos para ser su fe—Ro. 1:12; 3:22 y la nota 1; Gá. 2:16 y la nota 1.
 - B. Nuestra fe en Cristo es el aprecio que sentimos por Él, como la reacción espontánea de haber sido atraídos por Él—Ro. 10:17; He. 12:1-2a; cfr. Hch. 14:27.
 - C. La fe viene por el oír de la palabra; cuando acudimos a la Palabra viva (Cristo) en la palabra escrita (la Biblia), Él llega a ser la palabra de fe aplicada (el Espíritu) a nuestro ser—Ro. 10:8, 17; Gá. 3:2; cfr. He. 3:12.
 - D. Cuando una persona escucha a Cristo, le conoce, siente

- aprecio por Él y lo considera su tesoro, Él hace que la fe se genere en el hombre, llega a ser la fe en el hombre que lo capacita para creer en Él—12:2a; Ro. 10:17; Gá. 3:2, 5; 5:6.
- E. La fe consiste en creer que Dios es y que nosotros no somos; Él debe ser el Único, la única persona, en todo, y nosotros no debemos ser nada en nada—He. 11:1, 5-6.
- F. Nosotros, los creyentes, vivimos por fe e infundimos a Cristo como fe en otros al ejercitar nuestro espíritu de fe (2 Co. 4:13; Ro. 10:14-17; Hch. 26:22-29), de modo que ellos sean introducidos en las siguientes relaciones orgánicas con Cristo con miras a Su propósito:
1. Cristo es el olivo cultivado y la vid, y nosotros somos Sus ramas—Ro. 11:17, 24; Jn. 15:1-8.
 2. Cristo es la Cabeza, y nosotros somos Sus miembros—1 Co. 12:12, 27.
 3. Cristo es el aliento de vida, el agua de vida y el pan de vida, y nosotros somos quienes le inhalan, le beben y le comen—Jn. 20:22; 4:10, 14; 7:37-39a; 6:35, 51-63, 68.
 4. Cristo es el Novio, y nosotros somos Su novia—3:29-30; 2 Co. 11:2-3.
- G. La fe es el Dios subjetivo aplicado a nuestro ser; por lo que, así como nada es imposible para Dios, nada es imposible para la fe—Mt. 17:20; 19:26.
- H. El gran poder irreprimible e ilimitado de la fe ha motivado a miles a padecer por el Señor, a arriesgar sus vidas y a llegar a ser enviados victoriosos y mártires que propagan el evangelio de la economía eterna de Dios hasta lo último de la tierra—Lc. 18:8; Ro. 16:3-4; Hch. 20:24; 1 Ti. 1:4, 11-12; Mt. 24:14; Hch. 1:8.

MENSAJE SIETE

LA ESTRUCTURA DEL EVANGELIO DE DIOS: LA JUSTICIA DE DIOS, LA VIDA DE CRISTO Y LA FE DE LOS CREYENTES

Oración: Señor Jesús, te amamos. Te alabamos y te damos gracias por Tu hablar en este entrenamiento. Te tomamos como nuestro holocausto. Querido Señor, nos consagramos a Ti, tomándote como nuestro carnero de consagración. Abrimos todo nuestro ser a Ti. Comprendemos que el evangelio es un misterio, y te damos gracias por revelarnos el misterio del evangelio. Concédenos un espíritu de sabiduría y de revelación para que podamos verte a Ti como el misterio del evangelio. Señor, tomamos la posición de una mujer, humillándonos ante Ti. Te tomamos como nuestro Rey, como nuestra Cabeza y como nuestro Esposo. Confiamos en Ti y dependemos de Ti. Danos oídos para escuchar lo que Tú estás diciendo a las iglesias. Te tomamos como nuestro centro, nuestra realidad, nuestra vida y nuestro todo. No queremos perderte. Abre nuestros ojos para ver lo que Tú deseas que veamos, y abre nuestros oídos para oír lo que Tú quieres que escuchemos. Señor, queremos que nos hables exactamente lo que Tú deseas hablar.

UNA PALABRA DE INTRODUCCIÓN

Esta palabra de introducción contiene la carga de este mensaje. Debemos ver la estructura del evangelio de Dios. El evangelio es una persona, Jesucristo (Ro. 16:25); por consiguiente, la estructura del evangelio de Dios es esta persona en tres aspectos.

Romanos 1:17 es el versículo clave en todo el libro de Romanos y es un extracto de todo el libro. De hecho, este versículo puede ser considerado la pancarta de la economía eterna de Dios. Es menester que el Señor nos quite el velo de manera gradual a fin de que podamos ver esto. Hay mucha luz en cuanto a este tema en *La cristalización de la Epístola a los Romanos*. En dicho libro el hermano Lee hace énfasis en las palabras *justicia, vida y fe*, mencionadas en el versículo 17, debido a que estas tres palabras componen la estructura del evangelio de Dios. Como un extracto de Romanos, el versículo 17 es un resumen del contenido de

todo el libro. Espero que el Señor nos quite los velos poco a poco para que podamos ver esto.

Pablo, en el versículo 17, cita Habacuc 2:4. El nombre Habacuc significa “abrazar” o “adherirse”. Dios se hizo un hombre en la tierra para poder abrazar a los pecadores a fin de que éstos pudieran adherirse a Él. Dios nos abrazó, al hacerse hombre, a fin de que nosotros nos adhiriésemos a Él y llegásemos a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. Necesitamos que Dios nos abrace. Debido a que Él nos abraza, nosotros podemos adherirnos a Él. De este modo, el nombre Habacuc nos muestra en una forma resumida la cumbre de la revelación divina. Pablo cita Habacuc 2:4 tres veces en sus epístolas (Ro. 1:17; Gá. 3:11; He. 10:38).

Habacuc 2:2-4 dice así:

Entonces el Señor me respondió, y dijo: / Escribe la visión y grábala en tablas, / para que pueda leerse de corrido. / Porque es aún visión para el tiempo señalado; / se apresura hacia el fin y no defraudará. / Aunque tarde, espérala, / porque ciertamente vendrá, no tardará. / He aquí el orgulloso: en él, su alma no es recta, / mas el justo por su fe vivirá. [heb.]

El Señor le dijo a Habacuc que escribiera la visión y la grabara, para que incluso el que pase corriendo pueda leerla. Esta frase también puede traducirse: “para que el que la lea pueda correr”. Por una parte, necesitamos ver esta gran visión y proclamarla a otros (“escribe la visión y grábala en tablas”), de modo que nadie la desatienda aunque pasen corriendo a su lado; y por otra, cuando todos nosotros veamos esta gran visión, tendremos la carga de correr y proclamarla a toda la tierra habitada. La visión era “para el tiempo señalado”. Hubo un tiempo señalado para que Pablo abriera y proclamara esta visión. El tiempo señalado para que esta visión fuese liberada y proclamada no sólo era durante los tiempos de Pablo, sino que se extiende desde aquel tiempo era hasta el día de hoy, el final de esta era. Queremos ser uno con el Señor de modo que podamos ser igual a Pablo declarando: “No fui desobediente a la visión celestial” (Hch. 26:19).

El centro del evangelio es una persona: Jesucristo, el Dios-hombre

Antes de que abarquemos la estructura del evangelio de Dios, debemos ver dos puntos cruciales con respecto al evangelio. Primero,

debemos ver que el centro del evangelio de Dios es una persona, Jesucristo. Hebreos 10:37-38 dice: “Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas Mi justo vivirá por fe”. Aquí Pablo cita Habacuc 2:3-4. Habacuc dice que la visión es aún “para el tiempo señalado” y que “ciertamente vendrá, no tardará”. Sin embargo, al citar este versículo en Hebreos, Pablo dice: “El que ha de venir vendrá, y no tardará”. El Señor es Aquel que ha de venir. Esto indica que dicha visión es en realidad la propia persona de Cristo. El versículo 39 continúa: “Pero nosotros no somos de los que retroceden para ruina, sino de los que tienen fe para ganar el alma”. Por tanto, Pablo se refiere a nuestra salvación completa: la redención de nuestro cuerpo al regreso del Señor y el pleno disfrute de la salvación de Dios, que nuestra alma sea ganada, en el reino. La nota 3 de este versículo dice:

Nuestro ser consta de tres partes —espíritu, alma y cuerpo— (1 Ts. 5:23), y nuestra alma es diferente de nuestro espíritu. En el momento en que creímos en el Señor Jesús y fuimos salvos, nuestro espíritu fue regenerado por el Espíritu de Dios (Jn. 3:6). Sin embargo, debemos esperar hasta que regrese el Señor Jesús para que nuestro cuerpo sea redimido, salvo y transfigurado (Ro. 8:23-25; Fil. 3:21). Con respecto a salvar o ganar el alma, todo depende de la manera en que la tratemos al seguir al Señor después de ser salvos y regenerados. Si hoy en día perdemos nuestra alma por causa del Señor, la salvaremos (Mt. 16:25; Lc. 9:24; 17:33; Jn. 12:25; 1 P. 1:9) y será salva, o ganada, cuando el Señor regrese (Heb. 10:37). Así que ganar nuestra alma será el galardón (v. 35) del reino para los seguidores del Señor que sean vencedores (Mt. 16:22-28).

La visión que Habacuc recibió fue la visión del juicio de Dios sobre la humanidad. Bajo el juicio de Dios todos los pecadores, sean judíos o gentiles, están destinados a morir (Ro. 6:23). ¿Cómo pueden los pecadores escapar al juicio de Dios y ser salvos eternamente? El único camino para que los pecadores obtengan la salvación eterna de Dios es que crean en la corporificación de Dios, esto es, Cristo, a fin de que ellos lleguen a ser justos y sean justificados para tener vida y vivir. La salvación eterna de Dios no sólo consiste en salvar nuestro cuerpo de los padecimientos, sino también salvar todo nuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— por la eternidad (1 Ts. 5:23). La manera en que recibimos tal salvación es creer en Cristo a fin de que podamos ser justificados por

Dios, y así seamos hechos aptos para tener vida, la vida eterna, la vida divina, y vivir por esa vida (Ro. 3:24; 5:1-2; Ef. 2:8). Éste es el evangelio neotestamentario hallado en un libro profético del Antiguo Testamento. La visión neotestamentaria que Pablo recibió es la visión de la economía eterna de Dios, la cual consiste en que Dios, en Cristo, se forja en todo el ser del hombre para que el hombre llegue a ser igual a Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. Éste es el evangelio.

Debemos ver que el centro del evangelio de Dios es una persona, Jesucristo, el Dios-hombre, la mezcla de divinidad con humanidad. En Su encarnación Dios se edificó en el hombre, y en Su resurrección el hombre fue edificado en Dios. Por tanto, Jesús, el Dios-hombre, es el edificio de Dios. El deseo de Dios es obtener un Dios-hombre, y Él se está edificando en nosotros y nos está edificando a nosotros en Él a fin de hacernos un Dios-hombre corporativo, la iglesia. Mediante esta obra de edificación estamos llegando a ser la Nueva Jerusalén, la edificación final y consumada de Dios con el hombre. Por consiguiente, estamos llegando a ser la Nueva Jerusalén al edificar la Nueva Jerusalén. Podemos ver esto en el sueño de Jacob en Génesis 28:12-19. Los cielos fueron abiertos y había una escalera sobre la cual los ángeles de Dios subían y descendían entre la tierra y el cielo. Juan 1:51 revela que esta escalera es Cristo, quien trae el cielo a la tierra y une la tierra con el cielo. Éste es Dios que llega a ser hombre a fin de que el hombre llegue a ser Dios. Hoy el cielo está abierto, y esa escalera está en nuestro espíritu. Dios se está edificando en nosotros, y nos está edificando en Él. Éste es nuestro sueño y también es el sueño de Dios. El principio que rige un sueño es que en él algo aparentemente imposible sucede, y todos nosotros podemos testificar que de hecho parece imposible que estemos aquí en el recobro del Señor. Agradecemos al Señor que este sueño ha llegado a ser una realidad, y que esto se está cumpliendo entre nosotros.

El contenido del evangelio de Dios es la salvación dinámica que Dios efectúa, la cual se compone de Su redención jurídica, de Su salvación orgánica y de la aplicación práctica por medio de la fe de los creyentes

El segundo punto que debemos ver es que el contenido del evangelio de Dios es el cumplimiento de la salvación dinámica que Dios efectúa, la cual consiste principalmente de Su redención jurídica y de Su salvación orgánica. Esta salvación dinámica está resumida en Romanos

5:10, que dice: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos en Su vida”. El hecho de ser reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo denota Su redención jurídica. Éramos enemigos de Dios, pero a fin de reconciliarnos con Dios, Cristo padeció una maravillosa muerte todo-inclusiva a favor nuestro. Y ahora, mucho más, Él desea salvarnos en Su vida. Esta salvación en la vida de Cristo es nuestra salvación orgánica, cuyo proceso se inicia con la regeneración y continúa mediante la transformación hasta llegar a la glorificación, para finalmente hacernos exactamente iguales a Él.

Cuando el Señor murió en la cruz, Él dio fin a todo lo relacionado a Satanás. Él hirió la cabeza de la serpiente y destruyó a todos los enemigos de Dios. Hay seis ítems principales a los cuales el Señor puso fin en la cruz. En primer lugar, Cristo dio fin a la vieja creación. Colosenses 1:15b dice que Él es el Primogénito de toda la creación; por consiguiente, en esa condición de Primogénito Él es apto para dar fin a toda la vieja creación. Segundo, Él crucificó al viejo hombre, a nuestro hombre natural. Romanos 6:6 dice: “Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”. Tercero, en la cruz Cristo crucificó y dio fin a la carne. Romanos 8:3 dice: “Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado y en cuanto al pecado, condenó al pecado en la carne”. El Señor no tenía pecado, pero Él vino en semejanza de carne de pecado. Por consiguiente, cuando el Señor fue a la cruz, Él llevó consigo el pecado y la carne a la cruz y les puso fin. Ésta es la realidad. Cuarto, cuando Cristo fue a la cruz, Él destruyó a Satanás. Hebreos 2:14 dice: “Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera Él participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo”. Quinto, en la cruz Él quitó el pecado del mundo. Juan 1:29 dice: “¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!”. Sexto, en la cruz Cristo aniquiló el mundo de Satanás. En Juan 12:31-32, el Señor dice: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y Yo, si soy levantado de la tierra, a todos atraeré a Mi mismo”. Hoy en día el Señor está atrayendo a todos los hombres a Él. Finalmente, Juan 12:24 revela que la muerte de Cristo fue una muerte que liberó Su vida.

La estructura del evangelio de Dios que se ve en Romanos 1:17 es la justicia de Dios, la vida de Cristo y la fe los creyentes. La justicia de Dios es el procedimiento de la salvación de Dios en su aspecto jurídico

(vs. 16-17). Damos gracias al Señor por este procedimiento, porque ciertamente lo necesitamos. Es necesario que este procedimiento sea plenamente recobrado en su aplicación al hombre caído. La vida de Cristo es el propósito de la salvación de Dios en su aspecto orgánico. (5:10). La fe de los creyentes es lo que da sustantividad a la salvación de Dios en su aspecto práctico (He. 11:1). Estos tres aspectos —la justicia de Dios, la vida de Cristo y la fe de los creyentes— son una persona, a saber, el Cristo todo-inclusivo.

**LA FRASE CLAVE EN CUANTO AL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS,
ASÍ COMO LA PANCARTA DE LA ECONOMÍA ETERNA DE DIOS,
ES ROMANOS 1:17, DONDE SE REVELA
LA ESTRUCTURA DEL EVANGELIO DE DIOS:
“EL JUSTO POR LA FE TENDRÁ VIDA Y VIVIRÁ”**

La frase clave en cuanto al evangelio de Dios en Romanos, así como la pancarta de la economía eterna de Dios, es Romanos 1:17, donde se revela la estructura del evangelio de Dios: “El justo por la fe tendrá vida y vivirá”. Debemos prestar atención a las palabras *justo*, *vida* y *fe* halladas en este versículo. Nosotros somos los justos porque hemos sido justificados. Esto es como si tuviésemos un sello de aprobación estampado sobre nosotros que dijese: “Aprobado por el Dios Triuno”. Hemos sido aprobados por el Dios Triuno según Su norma de justicia. Éste es un asunto grandioso. Cristo, por haber satisfecho la justicia de Dios, nos hace aptos para que tengamos la vida de Dios, y la manera en que vivimos esta vida es por medio de la fe.

Debemos leer la Biblia y sus notas de pie de página para conocer los hechos, pero también necesitamos que la luz divina brille sobre estos hechos para que los convierta de un conocimiento objetivo a una visión subjetiva, real y viviente. La nota 4 de Romanos 1:17 dice: “La justicia de Dios nos justifica para que tengamos la vida de Dios (5:18) y vivamos por ella. De esta manera esta vida nos santificará y nos transformará completamente. Este libro trata principalmente el asunto de ser justificado (1:1—5:11; 9:1—11:36), de tener vida (5:12—8:39), y de vivir apropiadamente por medio de esta vida (12:1—16:27). Puesto que este versículo también subraya estos tres puntos, puede considerarse un extracto de todo el libro”. Romanos 1:17, como un extracto del libro de Romanos, es una afirmación que resume el contenido de todo el libro y es también la pancarta de la economía eterna de Dios. Debemos considerar por qué estas tres palabras —*justicia*, *vida* y *fe*— son

un resumen del contenido de Romanos. Cristo, mediante la justicia de Dios, logró la redención jurídica para nosotros. Y debido a que ahora tenemos la vida *zoé* divina de Dios, estamos llegando a ser vida en nuestro ser tripartito mediante el proceso de la salvación orgánica de Dios (8:10, 6, 11). El hecho de que estemos llegando a ser vida es nuestra deificación, la cual nos hace exactamente iguales a Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. Nuestra deificación tiene como meta que se produzca y se edifique el Cuerpo de Cristo, el cual es hecho real y expresado en las iglesias locales, que son los peldaños que nos llevan a la Nueva Jerusalén. Éste es el libro de Romanos, y ésta es la economía eterna de Dios.

El hermano Lee compartió que el libro de Romanos consta de cuatro etapas y que cada etapa se compone de cuatro capítulos (*Entrenamiento para ancianos, libro 3: La manera de llevar a cabo la visión*, pág. 27). Romanos 1—4 constituyen la etapa de la justificación. Los capítulos 5—8 corresponden a la etapa de la santificación. Nosotros experimentamos la santificación en cada paso de la salvación orgánica que Dios efectúa, incluyendo la regeneración, la renovación, la transformación, la conformación y la glorificación. Puesto que estamos siendo santificados en nuestro espíritu, alma y cuerpo (1 Ts. 5:23), podemos decir que la santificación es la salvación orgánica. La tercera etapa, hallada en Romanos 9—12, trata sobre el Cuerpo de Cristo; y la cuarta etapa (caps. 13—16) trata sobre las iglesias locales. Finalmente, en Romanos 16:27 vemos que este libro culmina con la gloria de Dios: “Al único y sabio Dios, mediante Jesucristo, sea gloria para siempre. Amén”.

Debemos ver de qué manera estas cuatro etapas se relacionan con Romanos 1:17 y con la nota 4. El versículo 17 menciona “la justicia de Dios” y “el justo”, que corresponden a la etapa de nuestra justificación en Romanos 1—4. La expresión *tendrá vida* en el versículo 17 implica nuestra santificación mediante la vida, a medida que pasamos por todos los pasos de la salvación orgánica de Dios, lo cual corresponde a la etapa hallada en Romanos 5—8. A medida que somos santificados, estamos siendo deificados en nuestro espíritu, alma y cuerpo para ser “Cristificados” y llegar a ser iguales a Cristo. Finalmente, 1:17 menciona el vivir por fe y, según la nota 4, esto indica que debemos vivir apropiadamente por medio de esta vida que hemos recibido (12:1—16:27). Vivir apropiadamente por esta vida es vivir por fe, y esto equivale a vivir en la realidad del Cuerpo de Cristo, el cual se expresa en las iglesias locales, donde expresamos en nuestro vivir la

Nueva Jerusalén y la llevamos a su realización. Esto constituye toda la economía eterna de Dios. Debemos considerar esta espectacular revelación, orar sobre ella y tener comunión respecto a ella.

El hermano Lee también resumió el contenido de Romanos de esta manera: “El libro de Romanos nos muestra la condición caída en la que se encuentra un pecador que será hecho hijo de Dios a fin de que pueda ser un miembro orgánico del Cuerpo de Cristo, el cual se expresa mediante las iglesias locales” (*Entrenamiento para ancianos, libro 3: La manera de llevar a cabo la visión*, pág. 27). Debido a la condición caída de un pecador, éste debe ser justificado por Dios, es decir, debe ser aprobado por Dios conforme a Su norma de justicia. Éste es el procedimiento de la salvación de Dios en el aspecto jurídico. Entonces, como uno de los justos, él es “hijificado”. Puesto que tiene la vida de Dios, él es un hijo de Dios. Y como hijo de Dios, él es un miembro orgánico del Cuerpo de Cristo y está siendo “hijificado” y “Cristificado” en todo su ser tripartito. Éste es el propósito de la salvación de Dios en el aspecto orgánico. Él también lleva una vida apropiada mediante la vida divina, es decir, al apropiarse de esta vida divina, al ponerla en práctica, al disfrutarla y al vivir esta vida por fe como un Dios-hombre para la edificación del Cuerpo de Cristo. Ésta es la sustantividad de la salvación de Dios de forma práctica. Este vivir corporativo de los Dios-hombres perfeccionados, un vivir por fe, es la realidad del Cuerpo de Cristo expresado en las iglesias locales. Éste es el Sión actual (los vencedores) dentro de la Jerusalén actual (la vida de iglesia), y ésta es la manera en que la novia se prepara para traer al Señor de regreso. Por consiguiente, ¡Romanos 1:17 puede considerarse la pancarta de la economía eterna de Dios, que se funda en la fe (1 Ti. 1:4)!

LA JUSTICIA DE DIOS ES EL PROCEDIMIENTO DE LA SALVACIÓN DE DIOS EN EL ASPECTO JURÍDICO

La justicia de Dios es el procedimiento de la salvación de Dios en el aspecto jurídico (1:16-17). La palabra *jurídico* indica un asunto legal. Dios no puede hacer nada de una manera injusta. Él es un Dios de amor y un Dios de gracia, pero Él también es un Dios recto y justo, a saber, un Dios de justicia y equidad. Él es la justicia misma. La nota 1 del versículo 17 dice: “En Jn. 3:16 el amor de Dios es la fuente y el motivo de Su salvación. En Ef. 2:5 y 8 la gracia de Dios es el medio de Su salvación. Aquí [en Romanos] la justicia de Dios es el poder de Su salvación”. Cada reunión es una reunión del evangelio porque el evangelio es una

persona, Cristo, quien es la realidad y la totalidad de la economía neotestamentaria de Dios. En Romanos 1:15-17 Pablo dice: “En cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: ‘Mas el justo por la fe tendrá vida y vivirá’”. La justicia de Dios se revela en el evangelio, y esta justicia es el poder de la salvación de Dios.

Dios no puede perdonar a personas pecaminosas sin cumplir las exigencias de Su justicia; según Su justicia, “el alma que peque, ésa morirá” y “la paga del pecado es muerte”

Dios no puede perdonar a personas pecaminosas sin cumplir las exigencias de Su justicia (Sal. 103:6-7); según Su justicia, “el alma que peque, ésa morirá” (Ez. 18:4) y “la paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23). Ésta es la situación del linaje humano caído. Dios creó al hombre conforme a Su propósito eterno y al deseo de Su corazón, pero cuando Adán y Eva cayeron, recibieron el elemento pecaminoso de Satanás en su ser. Como resultado, el espíritu del hombre quedó en condición de muerte, su alma llegó a ser el yo y su cuerpo se convirtió en la carne de pecado. Por tanto, Adán y Eva fueron completamente corrompidos por Satanás. Conforme a la justicia de Dios, el alma que peque, ésa morirá (Ez. 18:4). Además, Dios había dicho: “Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día en que comas de él, ciertamente morirás” (Gn. 2:17). Por consiguiente, Adán y Eva se escondieron porque pensaron que Dios había venido a ejecutar la sentencia de muerte sobre ellos. Sin embargo, cuando Dios los encontró, les predicó el evangelio.

En esa primera predicación del evangelio hallada en Génesis 3, las primeras palabras que Dios pronunció fueron: “¿Dónde estás?” (3:9). Dios nos dijo esas mismas palabras a cada uno de nosotros al momento de nuestra salvación inicial, y Él nos repite esas palabras cada vez que nos alejamos de Él. Como vimos en el mensaje 3, el primer mensaje del evangelio con respecto a que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente, fue el evangelio del reino (v. 15). Ésas fueron las buenas nuevas para Adán. Cuando Adán escuchó esas palabras, él creyó en la palabra de Dios y llamó el nombre de su mujer Eva, que significa

“viviente”. Ésa fue la declaración que Adán hizo proclamando que él y Eva no morirían, sino que vivirían. No obstante, alguien debía pagar el precio por el pecado y, además, el hombre necesitaba regresar a la intención original de Dios, la cual era que el hombre debería expresar a Dios con Su imagen y representarlo con Su dominio (1:26).

Dios, conforme a Su propósito, había puesto al hombre frente al árbol de la vida para que el hombre recibiera a Dios en forma de alimento (2:8-9). Génesis 2:9 dice que el árbol de la vida que es “bueno para comer”. Así pues, el propósito original de Dios es que el hombre pueda comerlo a Él, disfrutarlo, digerirlo y asimilarlo a fin de que el hombre exprese a Dios en gloria. Sin embargo, debido a que el hombre cayó, Dios tuvo que cerrar el camino al árbol de la vida. Génesis 3:24 dice: “Expulsó, pues, al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén los querubines y una espada de fuego que giraba en toda dirección para guardar el camino al árbol de la vida”. La espada denota la justicia de Dios, el fuego simboliza la santidad de Dios y los querubines simbolizan la gloria de Dios (Gn. 3:24 y la nota 1). La justicia, la santidad y la gloria son atributos de Dios.

La economía eterna de Dios es hacer al hombre igual a Él, al impartirse a Sí mismo en nosotros como el árbol de la vida, a fin de que Sus atributos divinos puedan ser expresados en nuestras virtudes humanas. Cuando nosotros disfrutamos a Dios como el árbol de la vida, Él llena y eleva nuestras virtudes humanas con Sus atributos divinos. Dios se mezcla con nosotros y se imparte en nosotros como justicia, santidad y gloria. Primero, Él viene a nuestro espíritu. Romanos 8:10 dice: “Si Cristo está en vosotros, [...] el espíritu es vida a causa de la justicia”. Luego Dios nos santifica principalmente en nuestra alma. En 1 Corintios 1:30 se nos dice: “Por Él [Dios] estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría: justicia y santificación y redención”. *Justicia, santificación y redención* en este versículo corresponden respectivamente a la justicia, santidad y gloria de Dios, que están representadas por la espada, el fuego y los querubines en Génesis 3:24 (véase la nota 2 de 1 Co. 1:30).

Pese a que el propósito de Dios para con el hombre era que lo recibiera a Él como vida, después de que el hombre cayó, Dios cerró el camino al árbol de la vida. Dios hizo eso para proteger al hombre, pues si el hombre hubiese comido del árbol de la vida en tal condición caída, habría permanecido para siempre con su naturaleza pecaminosa. Y a fin de evitar eso, Dios cerró el camino al árbol de la vida hasta que la

simiente de la mujer se manifestara plenamente. Por tanto, en 1 Corintios 1:30 vemos un cambio completo respecto a la situación presentada en Génesis 3:24, y somos traídos de regreso al lugar donde el propósito eterno de Dios puede cumplirse en nosotros. Cuando Cristo como el árbol de la vida se imparte en nosotros, Él es la justicia para la regeneración de nuestro espíritu, Él es la santificación para la transformación de nuestra alma y Él es la redención para la glorificación de nuestro cuerpo. Cristo se extiende desde nuestro espíritu a nuestra alma y, finalmente, Él resucitará nuestro cuerpo mortal. Entonces, la multiforme sabiduría de Dios será expresada de manera plena e irradiada a través de nuestro ser tripartito a todo el universo. Éste es el propósito eterno de Dios y el deseo de Su corazón.

*Cristo sufrió una muerte vicaria
como el Sustituto de los pecadores,
una muerte que fue legal según la ley de Dios,
y que fue reconocida y aprobada por Dios según la ley*

Cristo sufrió una muerte vicaria como el Sustituto de los pecadores, una muerte que fue legal según la ley de Dios, y que fue reconocida y aprobada por Dios según la ley (Is. 53:5-6; 2 Co. 5:21; Mt. 27:45-46). Alguien tenía que pagar por el pecado. Debido a que somos pecadores y hemos sido sentenciados a muerte, necesitábamos que Cristo muriera por nosotros como nuestro Sustituto. Isaías 53:6 revela que cuando Cristo murió en la cruz, Dios cargó en Él el pecado de todos nosotros. Dios cargó todos los pecados de la humanidad sobre Cristo, y luego en la cruz lo juzgó en lugar nuestro. El Señor fue crucificado en la cruz por seis horas. En las primeras tres horas, Cristo fue perseguido por los hombres, pero durante las últimas tres horas, Él fue juzgado por Dios. La nota 2 de este versículo dice: “Fue cuando Dios estaba juzgando a Jesús en la cruz que Dios cargó el pecado de todos nosotros sobre Él, haciendo que Jesús, a los ojos de Dios, fuese el único pecador en ese momento”. Por consiguiente, cuando el Señor estaba siendo crucificado, cerca de la hora novena Él clamó a gran voz, diciendo “Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). En ese momento, a los ojos de Dios, Cristo era el único pecador, y Dios lo juzgó por nosotros.

En 2 Corintios 5:21 se nos dice: “Al [Cristo] que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él”. Esto es un misterio. No podemos

entender esto plenamente con nuestra mente limitada y, por tanto, sencillamente debemos recibirlo. Este versículo nos revela que Cristo, aunque no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros en la cruz para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él. Por consiguiente, Cristo sufrió una muerte vicaria como el Sustituto de los pecadores, una muerte que fue legal según la ley de Dios, y que fue reconocida y aprobada por Dios según la ley.

El Dios justo, conforme a Su justicia, juzgó a Cristo, el Justo, por nosotros, los injustos, para que Él quitara la barrera representada por nuestros pecados y nos llevara a Dios

El Dios justo, conforme a Su justicia, juzgó a Cristo, el Justo, por nosotros, los injustos, para que Él quitara la barrera representada por nuestros pecados y nos llevara a Dios (1 P. 3:18). Esto es absolutamente maravilloso.

En la cruz Jesús fue hecho pecado por nosotros, condenó al pecado en la carne y al morir a nuestro favor cumplió toda la justicia de Dios; ahora, a causa de Su justicia, Dios tiene que perdonarnos

En la cruz Jesús fue hecho pecado por nosotros, condenó al pecado en la carne y al morir a nuestro favor cumplió toda la justicia de Dios; ahora, a causa de Su justicia, Dios tiene que perdonarnos (2 Co. 5:21; Ro. 8:3, 10; Jn. 19:30). Dios no tiene otra opción sino perdonarnos. Vamos a ilustrar esto con el ejemplo de un arrendador y su arrendatario. Supongamos que el inquilino no ha pagado el alquiler por veinte años, pero un día un amigo suyo paga por él toda la deuda que tenía. Puesto que el alquiler ya ha sido pagado, el dueño de casa no puede exigirle ningún pago al inquilino; y si así lo hiciese, él sería injusto. La acumulación de toda la deuda del alquiler que no se ha pagado es como la paga del pecado de un pecador, cuyo precio es la muerte, y la cual debe pagarse. Sin embargo, Cristo saldó la paga del pecado con Su muerte en la cruz. Él murió en la cruz para pagar la deuda de los pecados de todos los pecadores. Por tanto, al morir a nuestro favor, Cristo satisfizo toda la justicia de Dios.

Además, Cristo no sólo murió como nuestro Sustituto al saldar la paga del pecado por nosotros, sino que también Él resucitó. Puesto que el alma que peque debe morir, Cristo tenía que morir como nuestro Sustituto para saldar la paga del pecado; más aún, cada pecador que

cree en Cristo también ha sido crucificado con Cristo, de modo que está muerto a las exigencias de la justicia de Dios. Como resultado de la muerte de Cristo en la cruz, ahora tenemos acceso al Padre (Ef. 2:18). Podemos decirle al enemigo: “Satanás, no me acuses. Todos mis pecados fueron perdonados. Mi deuda ha sido pagada. Yo estoy en Cristo. Estoy crucificado con Cristo y he resucitado con Él”. En Su resurrección Cristo llegó a ser el “recibo” del pago por nuestros pecados. Usando este ejemplo, cuando el alquiler se paga, el propietario expide un recibo como prueba del pago. De la misma manera, el recibo que prueba que la muerte de Cristo ha sido aceptada por Dios es la resurrección de Cristo mismo. Él es la prueba de que hemos sido justificados por Dios. Y hoy en día ese recibo está en nuestro espíritu. Nosotros podemos contactarlo a Él, disfrutarlo y vivirlo, y cuando Él llega a ser nuestra justicia subjetiva, este recibo se expresa a través de nosotros.

Debido a que Dios, a causa de Su justicia, está obligado a perdonarnos, la justicia es el poder de la salvación de Dios y el fundamento incommovible de nuestra salvación

Debido a que Dios, a causa de Su justicia, está obligado a perdonarnos, la justicia es el poder de la salvación de Dios y el fundamento incommovible de nuestra salvación (Ro. 1:16-17). Debemos tener en claro que la justicia de Dios es el fundamento de nuestra salvación. Es fácil para nosotros pasar por alto esta verdad crucial. Muchos creyentes, aun entre nosotros, predicán el evangelio sin tener en claro esta verdad. Todos nosotros necesitamos la misericordia del Señor a fin de presentar a otros esta verdad de manera clara. Que seamos aquellos que escribamos la visión y la grabemos en tablas, para que pueda leerse de corrido (Hab. 2:2).

Nuestra experiencia de Cristo reposa sobre el fundamento de la justicia de Dios, la cual es el fundamento sólido, firme e incommovible de Su trono y la base sobre la cual Su reino es edificado

Nuestra experiencia de Cristo reposa sobre el fundamento de la justicia de Dios, la cual es el fundamento sólido, firme e incommovible de Su trono (Sal. 89:14) y la base sobre la cual Su reino es edificado (Ro. 14:17).

Dios hizo que Cristo muriera por nosotros, Él aceptó la muerte de Cristo como el pago completo por nuestra deuda de pecados, y el Cristo resucitado y ascendido que está sentado a la diestra de Dios es el “recibo” de este pago

Dios hizo que Cristo muriera por nosotros, Él aceptó la muerte de Cristo como el pago completo por nuestra deuda de pecados, y el Cristo resucitado y ascendido que está sentado a la diestra de Dios es el “recibo” de este pago (4:24-25). Nuestros pecados fueron perdonados una vez y para siempre. Todos ellos fueron clavados en la cruz, pero en nuestra experiencia, en nuestra conciencia, y para tener comunión con Dios, simplemente debemos confesar nuestros pecados cada vez que tenemos conciencia de ellos a la luz de nuestra comunión con Dios. Cuando confesamos nuestros pecados, Dios, a causa de Su justicia, está obligado a perdonarnos. Por esto, en 1 Juan 1:9 se nos dice: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”. Él es fiel a Su palabra y justo en Sí mismo; por consiguiente, Él tiene que perdonarnos, puesto que nuestra deuda por el pecado ya fue saldada. Así que, cada vez que tenemos conciencia de nuestras ofensas, tan sólo debemos confesarlas para que nuestra comunión con Dios sea restablecida. Además, todo pecado que confesemos delante de Dios jamás será mencionado ante el tribunal de Cristo.

En *El evangelio de Dios* el hermano Nee narra la historia de un pastor que era modernista. Los modernistas no creen en la muerte ni en la resurrección de Cristo. Ellos creen que Cristo fue un modelo ejemplar que nosotros debemos imitar y que Él llevó la vida de un mártir y murió por Su buena causa. Ciertamente, esto no es conforme a la verdad. Cristo sufrió el fuego del juicio de Dios y murió en la cruz tal como el cordero pascual era asado al fuego. Él soportó por nosotros el fuego del juicio santo de Dios. El hermano Nee nos dice:

En los Estados Unidos hubo un predicador famoso a quien llamaban el doctor Jowett. Él tenía un colaborador llamado el señor Barry. El señor Barry era pastor de una iglesia; sin embargo, todavía no había sido salvo. Una noche alguien tocó el timbre de su iglesia. Después de dejar que sonara por largo rato, el señor Barry de mala gana se puso su bata y fue a ver quién era. En la puerta estaba una muchacha joven y mal vestida. Cuando él le preguntó sin rodeos qué

quería, la muchacha inquirió: “¿Es usted el pastor?”. Cuando él contestó que sí era, la muchacha dijo: “Necesito que me ayuden para que mi mamá entre”. Él pensó que una muchacha vestida así debía tener un hogar terrible. Él pensó que quizás su mamá estaba ebria y necesitaba ayuda para meterla a su casa. Él le dijo a la muchacha que llamara a la policía; no obstante, la muchacha insistió en que fuera él. Él hizo todo lo posible por disuadirla y le dijo que fuera a ver al pastor de la iglesia que estuviera más cerca de su casa. Sin embargo, la muchacha dijo: “Su iglesia es la más cercana”. Luego él dijo: “Es muy tarde ahora, vuelva mañana”. Pero ella insistió que fuera inmediatamente. El señor Barry lo pensó por un momento. Él era pastor de una iglesia que tenía más de mil doscientos miembros. Si alguno de ellos lo miraba caminando con esta joven, vestida de esa manera, a media noche, ¿qué pensarían? Pero la muchacha insistió y dijo que si él no iba, ella no se iría de allí. Finalmente, él cedió y subió a cambiarse. Después, el señor Barry le contó al doctor Jowett que mientras él iba caminando hacia la casa de la muchacha, se bajó un poco el ala del sombrero para cubrir su cara y se cubrió con su abrigo por temor a que otros lo vieran. El lugar a donde fueron no era un área muy bonita. Cuando se detuvieron ante la casa en donde iban a entrar, él vio que no era un lugar decente. Luego le preguntó a la muchacha: “¿Por qué me hizo venir a este lugar?”. La muchacha contestó: “Mi mamá está muy enferma. Está en un peligro terrible. Ella me dijo que quiere entrar en el reino de Dios. Por favor ayúdela a entrar”. El señor Barry no tuvo más remedio que entrar en la casa. La muchacha y su madre vivían en un cuarto muy pequeño y sucio. Su hogar era muy pobre. Cuando la mujer enferma lo vio llegar, ella gritó: “Por favor ayúdeme a entrar. No puedo entrar”. Él pensó por un momento y se preguntó qué debía hacer. Él era un pastor y un predicador, y allí estaba una mujer en agonía. Ella quería entrar en el reino de Dios; ella quería que le enseñaran cómo entrar. ¿Qué podía hacer él? Él no sabía qué hacer. Así que, le habló de la manera como le hablaba a la congregación. Comenzó a decirle que Jesús era un hombre perfecto, que era nuestro

modelo, que se sacrificó, que mostró benevolencia y que Jesús siempre ayudaba a la gente. Le dijo que si el hombre seguía Sus pasos y se sacrificaba, amaba y ayudaba a otros y servía a la sociedad, ellos elevarían su propia humanidad y la humanidad de otros. El señor Barry estaba hablando con ella con sus ojos cerrados. Cuando terminó ella se enojó y gritó: “¡No, no! Esto no es lo que quiero que diga”. Se le salieron las lágrimas. Ella dijo: “Señor, ésta es mi última noche sobre la tierra. Ahora es el momento para mí de resolver el asunto de la perdición eterna o de entrar en el reino de Dios. Ésta es mi última oportunidad. No trate de engañarme, no bromeo. He pecado durante toda mi vida. Y no sólo he pecado, sino que también he enseñado a mi hija a pecar. Ahora estoy a punto de morir. ¿Qué puedo hacer? No bromeo. Durante toda mi vida lo único que he hecho ha sido pecar. Todo lo que hice fue inmundo. Nunca supe lo que significa ser moral. Nunca supe lo que era ser limpia. Nunca supe lo que era tener una conciencia. ¡Ahora, usted le dice a una pecadora como yo, en la condición en que me encuentro en esta noche, que tome a Jesús como mi modelo! ¡Tendría que laborar mucho antes de que pudiera tomar a Jesús como mi modelo! Usted me dijo que tengo que seguir los pasos de Jesús. Sin embargo, ¡cuánto tendría que hacer antes de poder seguir Sus pasos! No dé rodeos en esta hora tan crucial para mi eternidad. Simplemente dígame cómo puedo entrar en el reino de Dios. Lo que me ha dicho no me sirve. No puedo hacer ninguna de esas cosas”. El señor Barry se sorprendió. Él pensó para sus adentros: “Éstas son las cosas que yo aprendí en la escuela de teología. Las estudié para obtener mi doctorado en teología. Las he estado predicando en los últimos diecisiete o dieciocho años. Y éstas son las cosas que he leído en la Biblia. Sin embargo, aquí hay una mujer que quiere entrar en el reino, y no puedo ayudarla”. Así que, él dijo: “La verdad es que no sé cómo entrar. Sólo sé que Jesús fue un buen hombre, que tenemos que imitarlo, que Él fue benevolente y que se sacrificó para ayudar a otros. Todo lo que sé es que si un hombre toma a Jesús como su ejemplo y anda como Él anduvo, él será un cristiano”. Llorando, la

mujer dijo: “¿No puede usted hacer nada por una mujer que ha sido pecaminosa toda su vida, para ayudarla a entrar en el reino de Dios en el último momento? ¿Es eso todo lo que usted puede hacer para ayudar a una mujer moribunda a entrar en el reino de Dios, una mujer que no tendrá una mañana ni una segunda oportunidad?”. El señor Barry quedó desconcertado y no tuvo más que decir. Él pensó: “Soy un siervo de Cristo. Soy doctor en teología. Soy un pastor de una iglesia de mil doscientas personas. Sin embargo, aquí está una mujer en su lecho de muerte y no puedo hacer nada para ayudarla. Ella hasta piensa que no la estoy tomando en serio”. Sin embargo, luego el señor Barry recordó algo que había oído de su madre cuando se sentaba en su regazo a los siete años de edad.

Ahora, deseo alentar a todas las madres a que les hablen la verdad del evangelio a sus hijos. Mi madre me habló el evangelio a mí. Una vez le envié un libro escrito por el hermano Lee. Aunque ella no conocía al hermano Lee, después de leer el libro, me dijo: “Tú debes ser igual a él. Tú debes entrar más en la Palabra”. Yo sólo le dije: “Amén, mamá”. Damos gracias al Señor por nuestras madres. Las madres en la vida de iglesia deben hablar la verdad del evangelio a sus hijos. Volvamos a la historia:

[La madre del señor Barry] le dijo que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, que Él fue crucificado y que Él derramó Su sangre para limpiar nuestros pecados. Jesús de Nazaret murió por nuestros pecados en la cruz y ha llegado a ser el sacrificio propiciatorio. Entonces, él recordó estas palabras. Durante toda su vida él había desatendido estas palabras, pero ese día las recordó. Luego, se levantó y dijo: “Sí, tengo algo que decirle. Usted no tiene que hacer nada ya que Dios ha hecho todo en Su Hijo. Él ha dado fin a nuestros pecados en Su Hijo. El Hijo de Dios ha quitado todos nuestros pecados. El que exige el pago vino a ser el mismo que lo paga. El que fue ofendido llegó a ser el que sufrió por la ofensa. El Juez ha llegado a ser el que fue juzgado”. Al decir esto, el rostro de la mujer mostró señales de gozo. Él le dijo todo lo que su madre le había dicho. Luego, repentinamente el rostro de la mujer cambió de gozo a llanto y gritó: “¿Por qué no me dijo usted esto antes? ¿Qué debo hacer

ahora?”. Luego él le dijo que ella solamente necesitaba creer y recibir. Con aquella palabra, la mujer murió. Más tarde el señor Barry le dijo al doctor Jowett que en esa noche la mujer entró en el reino y él también.

Muchas veces mi corazón se ha conmovido por esta historia. Si existe la salvación, ésta debe estar disponible para todos. Si usted dice que uno debe ser bautizado antes de ser salvo, entonces el ladrón que estaba sobre la cruz no hubiera podido ser salvo ya que él no fue bautizado. Si usted dice que uno no puede ser salvo a menos que haga restitución, entonces el ladrón que estaba sobre la cruz no hubiera podido ser salvo, porque tanto sus manos como sus pies estaban firmemente clavados en la cruz. No digo que no debemos ser bautizados ni hacer restitución, sino que la condición para la salvación no es la restitución, el bautismo, la confesión ni el arrepentimiento. El arrepentimiento no es otra cosa que un cambio del punto de vista acerca de nuestro pasado. Si fuera un asunto de la ley y de obras, ¿quién podría cumplirlo? Esta mujer es el mejor ejemplo de la salvación que Dios da a todos. (*El evangelio de Dios*, págs. 276-279)

Esta historia por sí sola puede motivarnos a entregarle nuestra vida entera al Señor Jesús; sin embargo, esta historia solamente se relaciona con la redención jurídica, la cual sólo corresponde a la primera parte que, en Romanos 1:17, se indica con la palabra *justo*.

*Por lo tanto, cada vez que reclamemos la sangre de Jesús
y apelemos a la justicia de Dios, Él no tiene
más alternativa que perdonarnos*

Por lo tanto, cada vez que reclamemos la sangre de Jesús y apelemos a la justicia de Dios, Él no tiene más alternativa que perdonarnos (1 Jn. 1:9; *Himnos*, #466).

**La vida es la meta de la salvación de Dios;
por ende, la justificación es “de vida”; por medio
de la justificación, hemos alcanzado la norma de la justicia
de Dios y estamos a la par con ella, por lo cual ahora
Él puede impartir Su vida en nosotros**

La vida es la meta de la salvación de Dios; por ende, la justificación

es “de vida”; por medio de la justificación, hemos alcanzado la norma de la justicia de Dios y estamos a la par con ella, por lo cual ahora Él puede impartir Su vida en nosotros (Ro. 5:18). Romanos 5:18 corresponde a la parábola del hijo pródigo en Lucas 15. El hijo pródigo abandonó la casa de su padre, desperdició su hacienda y, debido a una hambruna, tuvo tanta hambre que ansiaba comerse las algarrobas que comían los cerdos que él mismo alimentaba. Finalmente, él vuelve en sí y dice: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros [...] Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a compasión, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó afectuosamente. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (vs. 17-21). Pero el padre lo interrumpió y “dijo a sus esclavos: Sacad pronto el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y sandalias en sus pies” (v. 22). El mejor vestido representa a Cristo como la justicia que satisface a Dios, la cual cubre al pecador penitente. Si el padre sólo le hubiera dado el mejor vestido al hijo que retornó, el hijo pudo haber dicho: “Padre, me siento tan contento de tener el mejor vestido, pero tengo mucha hambre”. Sin embargo, el padre también dijo: “Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y regocijémonos” (v. 23). El becerro gordo representa al rico Cristo inmolado en la cruz para nuestro disfrute.

Aunque todos somos hijos pródigos, hemos sido justificados, aprobados por Dios según Su norma de justicia. Lo que Dios ve en nosotros es a Cristo como nuestro mejor vestido, y al comer nosotros del becerro gordo se nos imparte la vida de Dios. Mediante la impartición de Su vida, no sólo obtenemos un vestido para nuestra justificación, sino que, además, tenemos a Cristo bordándose a Sí mismo en nuestro ser (Sal. 45:13-14) a fin de prepararnos para que lleguemos a ser Su novia que lleva un vestido de bodas bordado. Este segundo vestido no lo recibimos al laborar, sino de la misma manera en que obtuvimos el primer vestido, esto es, al recibir al Señor como nuestra vida. Al comer, constantemente disfrutamos y nos arrepentimos. Nos arrepentimos a fin de poder comer el alimento del rey para que Dios pueda gobernar nuestro ser, para que seamos embellecidos con Cristo como nuestro vestido bordado y para que Cristo sea expresado en nosotros, Su novia gloriosa. Entonces seremos aptos para entrar en la fiesta de bodas por mil

años. Así que, mediante la justificación hemos alcanzado la norma de la justicia de Dios, por lo cual ahora Él puede impartir Su vida en nosotros a fin de que le expresemos.

**LA VIDA DE CRISTO ES EL PROPÓSITO
DE LA SALVACIÓN DE DIOS
EN EL ASPECTO ORGÁNICO**

**El resultado de nuestra justificación
es disfrutar plenamente a Dios
en Cristo como nuestra vida;
en la salvación orgánica que Dios
efectúa disfrutamos amor, gracia, paz,
esperanza, vida, gloria, al Espíritu Santo,
a Cristo y a Dios mismo**

La vida de Cristo es el propósito de la salvación de Dios en el aspecto orgánico (Ro. 5:10). El resultado de nuestra justificación es disfrutar plenamente a Dios en Cristo como nuestra vida; en la salvación orgánica que Dios efectúa disfrutamos amor, gracia, paz, esperanza, vida, gloria, al Espíritu Santo, a Cristo y a Dios mismo (vs. 1-11). Les animo a que lean Romanos 5:1-11 y sus notas de pie de página, así como también el mensaje 9 del *Estudio-vida de Romanos*. Los versículos 1 y 2 dicen: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por medio del cual también hemos obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes”. Esto significa que hemos sido justificados por la fe. Ahora estamos disfrutando el becerro gordo y estamos siguiendo el camino de la paz, pues éste es el evangelio de paz. Muchos jóvenes se preguntan a dónde deben ir y qué deben hacer. Debemos decirles que sencillamente tomen el camino de la paz. Además, el versículo 5 dice: “La esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que nos fue dado”. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, y nosotros estamos firmes en la gracia (v. 2). La gracia es la esfera en la cual estamos firmes. En estos versículos vemos a Dios, a Cristo, al Espíritu Santo, el amor, la gracia, la paz, la esperanza, la luz y la gloria. Así pues, tenemos al Dios Triuno —Dios, Cristo y el Espíritu Santo— como nuestro disfrute, el cual está representado en totalidad por el becerro gordo. Éste es el resultado de nuestra justificación.

**La vida salvadora de Cristo está logrando la meta orgánica
de la dinámica salvación de Dios de la siguiente manera**

*Fuimos justificados por Dios en Cristo,
quien es la justicia procedente de Dios para nosotros,
a fin de que vivamos en esta vida delante de Dios*

La vida salvadora de Cristo está logrando la meta orgánica de la dinámica salvación de Dios de la siguiente manera (v. 10). Fuimos justificados por Dios en Cristo, quien es la justicia procedente de Dios para nosotros, a fin de que vivamos en esta vida delante de Dios (1:17).

*Esta vida hace que los creyentes que han sido justificados
por Dios sean los muchos hijos de Dios,
quienes son los muchos hermanos de Cristo
por medio de la regeneración
mediante el Espíritu de vida con la vida de Dios,
la cual produce y se multiplica*

Esta vida hace que los creyentes que han sido justificados por Dios sean los muchos hijos de Dios (8:14; He. 2:10), quienes son los muchos hermanos de Cristo (Ro. 8:29) por medio de la regeneración (1 P. 1:3) mediante el Espíritu de vida (Ro. 8:2) con la vida de Dios, la cual produce y se multiplica.

*Esta vida es impartida en los creyentes moribundos,
a fin de que crezcan en Cristo, para que salgan
de la muerte y lleguen a la madurez*

Esta vida es impartida en los creyentes moribundos, a fin de que crezcan en Cristo, para que salgan de la muerte y lleguen a la madurez (v. 11). Les animo a que lean *La cristalización de la Epístola a los Romanos*. Mientras repasaba estos mensajes de nuevo, encontré una nota que había escrito previamente. Esa nota dice: “Gracias por esto, querido Señor”. Escribí tal nota al comprender que la forma en que Cristo, en su ministerio celestial, nos salva de manera orgánica hasta la madurez consiste en que Él ora por nosotros. En el mensaje 2 el hermano Lee dice:

Él, en Su ministerio celestial, como el Cristo pneumático, intercede por nosotros en nuestra debilidad con gemidos que brotan de nosotros en los lugares celestiales para que podamos crecer en Él hasta la madurez con miras a que

lleguemos a nuestra plena filiación, que es la redención de nuestro cuerpo, la glorificación de todo nuestro ser (Ro. 8:23-30). Mientras Él mora en nosotros, nos ministra vida e intercede por nosotros.

No entendemos exactamente cómo Cristo ora por nosotros, pero todos los cristianos que verdaderamente buscan al Señor siempre gimen: “Oh, Señor. Oh, Señor”. En la mañana tal vez digamos: “Oh Señor, ten misericordia de mí. Yo sé que debo ser un miembro vitalizado. Tengo que ser un vencedor. Tengo que estar en el monte de Sión. Pero Tú conoces mi situación. Tuve la intención de ser así y decidí hacerlo, pero fracasé. ¿Qué debo hacer, Señor?”. Éste es su gemido. ¿Usted no gime así todo el tiempo? Esta acción de gemir viene de nosotros, pero en nuestro gemir se halla la intercesión de Cristo. Cuando usted gime de esta manera por su fracaso, por su derrota, en su gemir Cristo está orando por usted. Cristo intercede por nosotros en nuestra debilidad al gemir nosotros.

Si usted fuera duro de cerviz y su corazón estuviera duro, diría: “No me importa. Quiero ser vencedor, pero no puedo lograrlo, y nunca podré lograrlo”. Esto no es gemir. Esto equivale a ser testarudo y duro. Pero los que quieren recibir misericordia y gracia gimen: “Oh, Señor. Oh, Señor. ¿Qué haré, Señor? ¿Cómo puedo vencer superando todos estos fracasos, Señor?”. Allí está la oración que el Señor que mora en usted ofrece por usted en su debilidad. Incluso en las reuniones tal vez gimamos diciendo: “Oh, Señor Jesús. No sé qué decir, Señor. Oh Señor, ¿qué debo decir? Tengo mucho que decir, pero no sé cómo empezar”. Cuando gime, inmediatamente Cristo intercede por usted. Luego tendrá algo que decir.

Él gime en nosotros en los lugares celestiales para que crezcamos en Él hasta llegar a la madurez. Tengo la fe de que no importa cuántas veces seamos derrotados, un día alcanzaremos la meta de ser maduros. Esto se debe a que Cristo mismo intercede por nosotros para que podamos crecer en Él hasta que lleguemos a nuestra plena filiación, que es la redención de nuestro cuerpo, la glorificación de todo nuestro ser. (págs. 25-26)

El Cristo que mora en los creyentes se mueve en ellos por el Espíritu de vida, a fin de que disfruten de la vida de Cristo junto con su paz

El Cristo que mora en los creyentes se mueve en ellos por el Espíritu de vida, a fin de que disfruten de la vida de Cristo junto con su paz (Ro. 8:5-6).

Esta vida nos santifica con la naturaleza santa de Dios, el elemento santo

Esta vida nos santifica con la naturaleza santa de Dios, el elemento santo (6:19-20).

Esta vida nos renueva, mediante el Espíritu de vida y con base en el lavamiento de la regeneración, del viejo elemento de nuestro viejo hombre y nos introduce en la nueva constitución de nuestro nuevo hombre

Esta vida nos renueva, mediante el Espíritu de vida y con base en el lavamiento de la regeneración, del viejo elemento de nuestro viejo hombre y nos introduce en la nueva constitución de nuestro nuevo hombre (12:2b; Tit. 3:5).

Esta vida nos transforma de forma metabólica mediante el Espíritu de vida, con el elemento de la vida divina de Cristo, cambiando nuestra vieja constitución a una nueva constitución, a fin de edificar el Cuerpo orgánico de Cristo

Esta vida nos transforma de forma metabólica mediante el Espíritu de vida, con el elemento de la vida divina de Cristo, cambiando nuestra vieja constitución a una nueva constitución, a fin de edificar el Cuerpo orgánico de Cristo (Ro. 12:2b, 5; 2 Co. 3:18).

Esta vida nos conforma a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios, para que lleguemos a ser Dios-hombres plenamente maduros a fin de expresar al Dios Triuno

Esta vida nos conforma a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios, para que lleguemos a ser Dios-hombres plenamente maduros a fin de expresar al Dios Triuno (Ro. 8:29).

*Esta vida nos glorifica mediante la redención de nuestro cuerpo,
a fin de que entremos en la libertad de la gloria
y en nuestra plena filiación*

Esta vida nos glorifica mediante la redención de nuestro cuerpo, a fin de que entremos en la libertad de la gloria y en nuestra plena filiación (vs. 21, 23, 30).

*Esta vida nos hace reinar como reyes
sobre Satanás, el pecado y la muerte*

Esta vida nos hace reinar como reyes sobre Satanás, el pecado y la muerte (5:17, 21).

*Todos los diez puntos anteriormente
mencionados tienen como meta
que se produzca y edifique el Cuerpo orgánico de Cristo,
el cual se expresa como las iglesias locales; esto se abarca
en los últimos cinco capítulos del libro de Romanos*

Todos los diez puntos anteriormente mencionados tienen como meta que se produzca y edifique el Cuerpo orgánico de Cristo, el cual se expresa como las iglesias locales; esto se abarca en los últimos cinco capítulos del libro de Romanos.

Todos estos puntos sobre la salvación orgánica de Dios son una exposición de la palabra *vida*, que se menciona en Romanos 1:17. Ahora debemos considerar el tema de la fe, que es la manera mediante la cual nos apropiamos de estos diez puntos.

**LA FE DE LOS CREYENTES ES LO QUE LES PERMITE DAR
SUSTANTIVIDAD A LA SALVACIÓN DE DIOS DE FORMA PRÁCTICA**

**La fe de los creyentes, de hecho, no es su propia fe,
sino Cristo mismo que entra en ellos para ser su fe**

La fe de los creyentes es lo que les permite dar sustantividad a la salvación de Dios de forma práctica (He. 11:1). La fe de los creyentes, de hecho, no es su propia fe, sino Cristo mismo que entra en ellos para ser su fe (Ro. 1:12; 3:22 y la nota 1; Gá. 2:16 y la nota 1). En Romanos 4 Pablo puso a Abraham como el ejemplo de fe. Muchos creyentes creen que Abraham era un gigante de fe. De hecho, el único gigante de fe es el Dios Triuno. Abraham no era un gigante de fe, porque Dios se le tuvo que aparecer una y otra vez y, mediante Sus numerosas apariciones,

Dios se transfundió en Abraham. En este entrenamiento, ciertamente hemos sido transfundidos por Dios. Al igual que Abraham, debemos estar bajo la transfusión, infusión y saturación de Dios. Estas palabras, *transfusión*, *infusión* y *saturación*, deben ser parte de nuestro vocabulario divino. Debemos orar: “¡Señor, transfúndeme contigo mismo, infúndeme y satúrame contigo mismo!”.

Las palabras *transfundir* e *infundir* tienen significados muy similares. El prefijo *trans* en la palabra *transfundir* significa que algo se transmite de una persona a otra. El prefijo *in* en la palabra *infundir* significa que algo nos llena internamente. Claro, Cristo es la persona que mora en nuestro interior. Por un lado, Cristo transfunde fe de Su persona a nosotros; por otro lado, debido a que Él mora en nosotros, Él nos infunde fe desde adentro. La palabra *saturación* implica impregnar, que se refiere a empapar algo llenándolo. Cuando somos transfundidos, infundidos y saturados con Dios, se produce una reacción espontánea en nuestro ser: la fe. A medida que aumenta nuestra medida de fe, la iglesia corporativamente llega a ser la familia de la fe (Gá. 6:10). “Fe” es nuestro apellido. Somos la familia de la fe.

**Nuestra fe en Cristo es el aprecio que sentimos por Él,
como la reacción espontánea de haber sido atraídos por Él**

Nuestra fe en Cristo es el aprecio que sentimos por Él, como la reacción espontánea de haber sido atraídos por Él (Ro. 10:17; He. 12:1-2a; cfr. Hch. 14:27).

**La fe viene por el oír de la palabra;
cuando acudimos a la Palabra viva (Cristo)
en la palabra escrita (la Biblia), Él llega a ser
la palabra de fe aplicada (el Espíritu) a nuestro ser**

La fe viene por el oír de la palabra; cuando acudimos a la Palabra viva (Cristo) en la palabra escrita (la Biblia), Él llega a ser la palabra de fe aplicada (el Espíritu) a nuestro ser (Ro. 10:8, 17; Gá. 3:2; cfr. He. 3:12).

**Cuando una persona escucha a Cristo, le conoce,
siente aprecio por Él y lo considera su tesoro, Él hace
que la fe se genere en el hombre, llega a ser
la fe en el hombre que lo capacita para creer en Él**

Cuando una persona escucha a Cristo, le conoce, siente aprecio por Él y lo considera su tesoro, Él hace que la fe se genere en el hombre,

llega a ser la fe en el hombre que lo capacita para creer en Él (12:2a; Ro. 10:17; Gá. 3:2, 5; 5:6). Que Cristo llegue a ser la fe que nos capacita para creer es algo muy significativo. Por ende, al predicar el evangelio, debemos presentar a Cristo, ministrar a Cristo y mostrar la preciosidad de Cristo a las personas. Debemos vivirlo a Él, disfrutarlo, expresarlo, irradiarlo y ministrarlo a los demás. Al ministrar a Cristo a otros, Él se transfunde y se infunde en ellos de modo que llega a ser la fe que los capacita para creer. Ciertamente, ésta fue nuestra experiencia cuando creímos en Él. La fe fue transfundida e infundida en nuestro ser para que pudiéramos ser justificados y regenerados, y hoy la fe continúa transfundiéndose e infundiéndose en nosotros en el Cuerpo y a través del Cuerpo.

**La fe consiste en creer que Dios es y que nosotros no somos;
Él debe ser el Único, la única persona, en todo,
y nosotros no debemos ser nada en nada**

La fe consiste en creer que Dios es y que nosotros no somos; Él debe ser el Único, la única persona, en todo, y nosotros no debemos ser nada en nada (He. 11:1, 5-6).

**Nosotros, los creyentes, vivimos por fe e infundimos a Cristo
como fe en otros al ejercitar nuestro espíritu de fe,
de modo que ellos sean introducidos
en las siguientes relaciones orgánicas
con Cristo con miras a Su propósito**

Nosotros, los creyentes, vivimos por fe e infundimos a Cristo como fe en otros al ejercitar nuestro espíritu de fe (2 Co. 4:13; Ro. 10:14-17; Hch. 26:22-29), de modo que ellos sean introducidos en las siguientes relaciones orgánicas con Cristo con miras a Su propósito. Tenemos un espíritu de fe (2 Co. 4:13). Las dudas existen sólo en nuestra mente; por tanto, si estamos en nuestra mente, estaremos llenos de dudas. La fe, empero, se halla en nuestro espíritu, porque nuestro espíritu es un espíritu de fe; así que, debemos ejercitar nuestro espíritu. Si no ejercitamos nuestro espíritu, seremos como los incrédulos, pero cuando ejercitamos nuestro espíritu de fe, podemos creer todo cuanto Dios ha logrado por nosotros en Cristo y todo lo que Él está haciendo en nosotros. Entonces, también podremos ejercitar nuestro espíritu de fe para hablar infundiendo a Cristo en otros.

En Hechos 26 Pablo habló en su defensa delante del rey Agripa y,

según el contexto de estos versículos, muchos de los hombres más distinguidos de la ciudad estuvieron presentes para escuchar a Pablo (25:23). Hechos 26:1 dice: “Agripa dijo a Pablo: Se te permite hablar por ti mismo. Pablo entonces, extendiendo la mano, comenzó así su defensa”. ¿De qué habló Pablo en su defensa? ¿Habló de un evangelio bajo? No, lo que habló Pablo puede resumirse en tres palabras: *Jesús, vaso y me* (vs. 15-16; cfr. 9:15). Pablo primero presentó a Jesús como el Dios Triuno, luego testificó que nosotros somos vasos para recibir la impartición del Dios Triuno y, finalmente, reveló al gran “me” corporativo, esto es, al Cristo resucitado en Sus creyentes, en Su Cuerpo. El rey Agripa no conocía esas verdades, pero Pablo habló de ellas con denuedo. Puesto que Pablo era un hombre de visión, él no argumentó ni discutió con el rey Agripa; sencillamente le dijo lo que había visto. Finalmente, Pablo dijo: “Por lo cual, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial” (26:19). Entonces Festo interrumpió y dijo: “Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco” (v. 24). Festo sabía que Pablo era inteligente, así que acusó a Pablo de que estaba loco porque estudiaba demasiado. Al usar la palabra *loco*, Festo estaba diciendo que Pablo estaba loco de remate. Pero Pablo dijo: “No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura” (v. 25). Esto muestra que Pablo no se había ofendido. Luego Pablo continuó: “Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda libertad; porque estoy persuadido de que nada de esto ignora, pues no se ha hecho esto en un rincón. ¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees” (vs. 26-27). Las palabras *Yo sé que crees* indican que Pablo con sus palabras infundía fe en el rey Agripa. “Entonces Agripa respondió a Pablo: ¿Con tan poca cosa me persuades a ser cristiano?” (v. 28). Y Pablo dijo: “¿Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!” (v. 29). Por tanto, como creyentes que somos, debemos vivir por fe e infundir a Cristo como fe en otros al ejercitar nuestro espíritu de fe, de modo que ellos sean introducidos en una relación orgánica con Cristo con miras a Su propósito. Lo citado a continuación describe la naturaleza de la relación orgánica que tenemos con Cristo.

Cristo es el olivo cultivado y la vid, y nosotros somos Sus ramas

Cristo es el olivo cultivado y la vid, y nosotros somos Sus ramas (Ro. 11:17, 24; Jn. 15:1-8).

Cristo es la Cabeza, y nosotros somos Sus miembros

Cristo es la Cabeza, y nosotros somos Sus miembros (1 Co. 12:12, 27).

Cristo es el aliento de vida, el agua de vida y el pan de vida, y nosotros somos quienes le inhalan, le beben y le comen

Cristo es el aliento de vida, el agua de vida y el pan de vida, y nosotros somos quienes le inhalan, le beben y le comen (Jn. 20:22; 4:10, 14; 7:37-39a; 6:35, 51-63, 68). Éste es el evangelio. Debemos introducir a todos los nuevos creyentes en la práctica de inhalar, beber y comer a Cristo.

Cristo es el Novio, y nosotros somos Su novia

Cristo es el Novio, y nosotros somos Su novia (3:29-30; 2 Co. 11:2-3). Además, debemos llevar a las personas a que amen a Cristo. Las personas saben si realmente amamos a Cristo. Quizás ellas no se puedan explicar el porqué, pero de algún modo saben que lo tomamos con toda seriedad.

**La fe es el Dios subjetivo aplicado a nuestro ser;
por lo que, así como nada es imposible para Dios,
nada es imposible para la fe**

La fe es el Dios subjetivo aplicado a nuestro ser; por lo que, así como nada es imposible para Dios, nada es imposible para la fe (Mt. 17:20; 19:26).

**El gran poder irreprimible e ilimitado de la fe
ha motivado a miles a padecer por el Señor,
a arriesgar sus vidas y a llegar a ser enviados victoriosos
y mártires que propagan el evangelio de la economía eterna
de Dios hasta lo último de la tierra**

El gran poder irreprimible e ilimitado de la fe ha motivado a miles a padecer por el Señor, a arriesgar sus vidas y a llegar a ser enviados victoriosos y mártires que propagan el evangelio de la economía eterna de Dios hasta lo último de la tierra (Lc. 18:8; Ro. 16:3-4; Hch. 20:24; 1 Ti. 1:4, 11-12; Mt. 24:14; Hch. 1:8). Así pues, Romanos 1:17 es la clave del evangelio completo de Dios en el libro de Romanos y es la pancarta de la economía eterna de Dios: “El justo por la fe tendrá vida y vivirá”.—E. M.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

**El evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo
(Mensaje 8)**

Lectura bíblica: Ef. 3:8; 1 Co. 1:9, 30; 2:2; 4:1-2; 2 Co. 4:7; Dt. 8:7-10; Col. 1:12; 2:6-7a

- I. El apóstol Pablo disfrutó y anunció a la persona de Cristo con Sus inescrutables riquezas como el evangelio a fin de que se produjera la iglesia como la plenitud de Cristo, la expresión y desbordamiento de Cristo, para que Cristo fuese exhibido como la multiforme sabiduría de Dios según el plan eterno de Dios—Ef. 3:8-11, 16-19; 1:22-23; Hch. 17:3, 18; 26:22a, 23; 13:47; Gá. 1:15a, 16a; Fil. 1:18; Col. 1:27b-28; 1 Co. 1:24, 30.
- II. En nuestro vivir y en nuestro servicio, debemos concentrarnos en disfrutar y ministrar a Cristo, a fin de impartirlo en otros como el tesoro único de incalculables riquezas en el universo, y no debemos centrarnos en ninguna persona, asunto o cosa que no sea Cristo—vs. 9, 30; 2:2; 4:1-2; 2 Co. 3:3, 6; 4:7:
 - A. La predicación apropiada de Jesús como las buenas nuevas, el evangelio, hace que las personas se den cuenta de que no son nada y que Cristo lo es todo—Is. 40:15, 17; cfr. Fil. 3:7-8.
 - B. Nuestro Salvador, Jesús, es el Santo, el Dios eterno, Jehová, y el Creador de los cielos y la tierra, quien se sienta sobre el círculo de la tierra; como el Santo, Jesús es ilimitado, inescrutable, incomparable y elevado—Is. 40:12-15, 17-18, 22, 25-26, 28; Ro. 1:20; 11:34; Col. 1:15-18; He. 1:2-3; 11:1-3:
 1. La manera de disfrutar a este Cristo inescrutablemente rico es tomarlo como nuestro verdadero reposo sabático, deteniéndonos a nosotros mismos en nuestro vivir, en nuestros quehaceres y actividades, y recibirlo como nuestra vida, nuestra persona y nuestro reemplazo; entonces experimentaremos a Cristo como el poder de resurrección que nos transforma, y nos remontaremos en los cielos por encima de toda frustración terrenal—Mt. 11:28-30; Is. 40:28-31.